

Ígneo

Capítulo III: Oro

El joven Aem escuchaba con deleite los gritos que provenían de todos los rincones, y disfrutaba sin ser capaz de escandalizarse del pánico que de ellos se desprendía. Las riquezas y el honor que esas paredes habían albergado se habían transformado simplemente en sangre y lágrimas.

Resultaba irónico, ya que todo ese oro y lujos provendrían de la brutal explotación de los débiles y ahora todo retornaba a su lugar.

El Palacio Imperial. Cuna de todo el poder terrenal, hogar de príncipes, reyes y emperadores. El triunfo completo de la materia sobre el triste espíritu humano. Por fin estaba en sus manos.

Aem sonrió hacia la nada, lo que estaban haciendo pasaría a la historia: por fin habían conseguido liberarse de las cadenas que los ataban. Pero ahora quedaba lo más complicado de todo: consolidarlo de una vez.

Los últimos días habían sido una locura. Tras conseguir alzarse en el coliseo y con la ejecución del Emperador y el príncipe heredero, los brotes de revolución fueron incontrolables por toda la ciudad. El factor sorpresa contribuyó en gran medida en su victoria en los principales asentamientos, sin embargo, el Distrito Arcano fue capaz de rechazarlos y en torno al Puerto los mercaderes consiguieron contenerlos.

Pero el centro de la ciudad pronto fue suyo: los barrios ricos, completamente llenos de esclavos, fueron los primeros en continuar la revuelta y los hombres poderosos cayeron en pocas horas: las grandes avenidas se convirtieron en regueros de sangre y fuego, las casas saqueadas y los gritos de dolor de aquellos cuya vida había sido demasiado cómoda. Aem disfrutó de todo ello como un niño con sus primeros juegos infantiles. Tantas familias fueron ejecutadas por sus propios esclavos, por un momento los amos aprendieron lo que era ser el último escalón de la sociedad, antes de ser asesinados.

Los barrios pobres tampoco tardaron mucho en unirse a los esclavos y con su ayuda y unión la ciudad prácticamente cayó en sus manos. Los soldados fueron masacrados, la Guardia Dorada fue aniquilada y los supervivientes corrieron a refugiarse al Palacio Imperial.

Una de las claves de sus victorias fueron las puertas de la ciudad, en cuanto comenzaron los disturbios fueron cerradas y aseguradas por los esclavos, de forma que a la legión exterior del ejército le fue imposible entrar.

Además, la puñalada final contra el Imperio había sido atestada: el Emperador había sido ejecutado, la noticia corrió rápidamente por toda la ciudad, provocando un masivo caos y una falta de poder que fue aprovechada para su propia victoria. Pero la noticia no había parado, ahora mismo, tres días después del final del Emperador en las provincias más alejadas comenzaba a llegar. Los líderes de las provincias no habían desaprovechado esa oportunidad y se rumoreaba que los estallidos de guerras civiles entre el ejército imperial y los distintos bandos locales eran inminentes. Resultaba obvio que el débil nexo que había mantenido al frágil Imperio unido se había desvanecido.

Y ahora, tras tres días de disturbios habían conseguidos llegar al Palacio Imperial.

Desde el primer momento los esclavos habían estado organizados, y habían conseguido rápidamente sus objetivos, sin embargo, eran demasiadas cosas para hacer como para preocuparse del Palacio Imperial. Pero tras asegurarse principales plazas, cuarteles y castillos de la ciudad, era el momento de adentrarse en la joya que guardaba el centro de Androl.

Construido en el centro mismo de la bulliciosa ciudad, el Palacio Imperial representaba en una estructura ostentosa todo aquello contra lo que luchaban los esclavos.

Sus obras empezaron hacía unos doscientos años, y triplicaba en tamaño a la antigua residencia imperial, mucho más alejada. Para su construcción eligieron el que se había convertido en el centro de la ciudad en su enorme y rápido crecimiento, derribaron sin contemplaciones barrios enteros y comenzaron su edificación.

Más de cinco mil esclavos murieron para su construcción. Una auténtica masacre. El proyecto estaba planeado para ser construido en unos veinte años, pero las presiones fueron tales que consiguieron reducir el plazo hasta los cinco. Ese periodo de tiempo fue pagado con sangre, que morían por decenas cada día, de modo que cogió el sobrenombre del Palacio de la Muerte. Los accidentes y extenuación eran tales que todo el que trabajaba allí podía temer por su vida.

Esa enorme mole era contra todo lo que habían estado luchando.

Y, por una vez en la historia, los esclavos se habían decidido a ganar la batalla contra esa situación.

Aem podía sentir los gritos que se desbordaban como el agua que borboteaba de un cántaro. Podía oír claramente como inundaban el aire y esto le proporcionaba el más intenso placer.

Entró en la primera habitación que se le ocurrió y pudo observar que se hallaba completamente vacía. O eso parecía en un principio.

- Puedo sentir tu respiración – dijo mientras una sonrisa asomaba en la comisura de sus labios. - Sal, no pienso hacerte daño.

Por un momento nada sucedió, pero tras unos instantes, una joven salió de detrás de los enormes cortinajes. Estaba temblando y su rostro estaba surcado por lágrimas y los rastros del dolor que había pasado los últimos días.

Era realmente bella y sus joyas y ropajes no hacían más que acentuarlo a pesar de que su rostro continuara completamente contraído por el miedo.

- No te preocupes, no voy a hacerte daño – pronunció Aem lentamente para tranquilizarla. - Simplemente di tu nombre.

Tras unos segundos de duda, la joven dijo con voz temblorosa:

- Lenria.
- Encantado de conocerte Lenria, como sabrás estamos en situación de guerra, por tanto, voy a necesitar que seas lo más obediente posible, ya que no queremos que haya ningún tipo de problema ¿verdad?

Ella asintió sin pronunciar palabra, llena de terror.

- Tranquilízate, como te he dicho, no tienes nada que temer si sigues mis instrucciones. Ahora necesito que me digas por qué estabas aquí y cuál es tu relación con la familia imperial.
- Vivo aquí desde que nací, cuando comenzó todo simplemente me traté de esconder. Mi padre es el administrador imperial de los caminos y rutas comerciales de Androl – su voz se quebró un momento antes de decir. - Bueno, era.
- ¿No tienes ninguna relación con la familia imperial?
- Mi madre era la prima de la esposa del Emperador.
- Como siempre ¿no?, siempre hay algún tipo de familiar colocado en un puesto importante. Siempre hay un privilegiado por su sangre.

La joven se quedó en silencio sin saber que decir.

- Cuando era pequeño no tuve muchas opciones de divertirme – continuó Aem. - He nacido esclavo y eso significa trabajar desde que tengo uso de razón. Probablemente tú asistiría a sofisticados bailes mientras yo fregaba los suelos para que tus delicados pies no tuvieran que tocar ningún tipo de suciedad. Sobre todo, las palizas era lo que peor llevaba, me acostaba lleno de magulladuras y contusiones, llorando sin poder parar el dolor. Cuando fui un poco más mayor vieron en mí potencial para ser gladiador. Cuando ingresé en los campos de entrenamiento empecé a añorar los golpes anteriores. Vi a mucha gente morir, demasiados. Solamente para entretenimiento de otras personas. Terriblemente salvaje e inhumano. Sin embargo, decidí hace mucho tiempo que nada de esto me iba a quitar nunca la alegría. Que iban a pagar todo el dolor que estaban trayendo al mundo.

Aem esbozó una enorme sonrisa en su rostro.

- ¿Sabes qué? Mi maestro siempre decía que si lo hacía correctamente no recibiría ningún golpe. Todos los días lo decía y todos los días incumplía su promesa: nunca era lo suficientemente bueno, y si simplemente estaba demasiado borracho volcaba todas sus frustraciones sobre mí en forma de brutales palizas. Lo que aprendí de ello era algo muy sencillo. Nunca debes confiar en una promesa de un desconocido.

Mientras decía esto, Aem se movió con una velocidad vertiginosa y hundió hasta la empuñadura su daga en el cuello de la joven noble.

La mirada de terror y sorpresa desapareció en unos segundos mientras se desangraba rápidamente.

- No me lo tengas en cuenta- dijo Aem mientras se reía. - Es solo que me encanta matar a los de tu clase.

Dejó que su cadáver cayera al suelo sin dirigirle una mirada.

Salió al pasillo. Todavía quedaba mucho por limpiar.

Tras horas de caza y búsqueda de nobles por el enorme palacio, Aem se sentía exhausto, pero sin embargo continuaba con ganas de más. Decidió encaminarse a la Plaza Central para ver cómo iban los trabajos.

La Plaza Central era el centro neurálgico de la enorme ciudad de Androl. Con forma de cuadrado y bastante amplia constituía el corazón de la ciudad. Un corazón que ahora estaba en manos de los esclavos.

No les había costado demasiado hacerse con el control del lugar, las revueltas fueron tan brutales en esa parte de la ciudad que rápidamente toda resistencia nobiliaria fue eliminada.

Ahora en cada uno de sus vértices se acumulaban los cadáveres de la Guardia Dorada, los antiguos guardianes y protectores de la ciudad, que ahora eran perseguidos y capturados por los esclavos. La sentencia hacia ellos era siempre la misma: la muerte.

En el centro de la Plaza había dos enormes montones, en uno de ellos se acumulaban objetos de valor: oro, muebles y demás objetos, provenientes en su mayoría de las casas de ricos que se encontraban alrededor. Poco a poco ese montón iba creciendo según se iban incautando más cosas.

El otro montón estaba constituido por una hoguera de cadáveres de nobles e imperiales. Al comenzar la revuelta los esclavos establecieron una ley no escrita, aquellos esclavos que así lo desearan podrían ejecutar a sus amos capturados. La medida fue muy popular y rápidamente los cadáveres empezaron a amontonarse. Incluso habían trasladado los cuerpos del Emperador, su esposa e hijo para que todo el mundo pudiera observarlos.

Se encontraban atados a un enorme poste, el Emperador sin cabeza y con un avanzado estado de descomposición. En lugar de sus habituales coronas, todos portaban ahora unas nuevas, hechas principalmente de estiércol.

Alrededor de esta figura central estaban otros miembros de la familia imperial. Cuando los esclavos entraron en el Palacio se encontraron una leve resistencia por parte de los imperiales, pero tras un día de luchas consiguieron hacerse con la victoria. Entonces consiguieron coger a las hijas pequeñas del Emperador, hermanos, primos, tíos y todo aquel emparejado de forma directa con la sangre imperial.

Todos y cada uno de ellos fueron ejecutados de forma pública en aquella plaza y sus cadáveres empalados y diseminados por distintos lugares de la ciudad. Incluso las hijas pequeñas del Emperador sufrieron ese destino, sin embargo, se ahorraron las torturas y fueron rápidamente asesinadas, algo en lo que Aem no se encontraba muy de acuerdo. ¿De qué servía un juguete si no disfrutabas con él?

Ahora se encontraban limpiando y asegurando el Palacio Imperial, todavía quedaba mucha gente escondida en él y tenían que encontrar todos sus recovecos.

Aem decidió ir a buscar a Ender para saber cómo estaba toda la situación y su conquista de la ciudad. Le resultaba cansado tantos días de lucha, disfrutaba con ellos, pero le encantaría ver por fin a toda la ciudad postrada de una vez ante los que más se lo merecían, ante aquellos que la habían hecho grande.

Volvió a entrar al enorme palacio, por las enormes puertas de doble hoja, que se decía que se necesitaban hasta diez hombres para poder moverlas, pero de nada les sirvió eso para protegerse.

Fue avanzando por los pasillos majestuosos y excesivos, todos ellos repletos de tapices, esculturas y pinturas de extremada belleza. Muchos no habían sido testigos inocentes de la guerra, sino que poseían rasguños y marcas que los identificaban como soldados involuntarios de una guerra que no comprendían.

De vez en cuando escuchaba los gritos de victoria de los esclavos mientras revisaban el palacio: la mayor parte de las veces era por encontrar un objeto extremadamente valioso, pero en ocasiones se oían unos chillidos que indicaban que acababan de encontrar a alguien que se había escondido, el resultado habitual era la interrupción de esos gritos de forma rápida y para siempre.

Llegó a unos aposentos, no eran muy lujosos, de hecho, probablemente serían de los más pobres de todo el palacio, pero eran muy espaciosos y allí estaba situado el centro de operaciones de la revolución de los esclavos, desde donde se coordinaban todos sus movimientos y el avance.

En el centro de la estancia había una enorme mesa, con un mapa detallado de Androl, en el que se incluían callejuelas, mercados y cada leve rincón del lugar, sobre este estaba pintado con un carboncillo los distintos movimientos llevados a cabo y las zonas de control por los distintos grupos: por ahora los esclavos controlaban el mayor territorio, tenían en su poder el centro mientras que los que seguían en tamaño eran los mercaderes del Puerto, sus principales opositores, por otros lados estaban miembros locales y el Distrito Arcano pero estos no suponían una excesiva molestia.

En cuanto a lo demás, la sala era muy austera, estaba rodeada de estanterías donde se colocaban ordenadamente todos los informes y papeles que se recibían de los diferentes barrios de la ciudad, además de información importante que se encontraba en los archivos imperiales según se iba descubriendo. Encima del mapa, se encontraba Ender completamente ensimismado en los recovecos, tratando de organizar el siguiente paso.

Ender había asumido un papel fundamental de la revuelta, había sido uno de los principales impulsores en la sombra: como curtido gladiador le fue sencillo conseguir el apoyo de sus compañeros, pero su faceta de líder se comprobó cuando comenzó a contactar con grupos de esclavos de toda la ciudad en la sombra. Fue el que prendió la cerilla que provocó la llama. Durante meses estuvo circulando rumores, reuniéndose con todos y organizando ese golpe, desde luego no fue el único, pero sí uno de los principales. Y, a la hora de la revuelta había sumido rápidamente el papel de conquistador de la ciudad, el máximo dirigente del ejército de los esclavos, dispuesto a conquistar lo que quedaba. Fue él el mismo el que, ejecutó al Emperador, el que encabezó las luchas por las calles y asesinó a los nobles, el primero en entrar en el Palacio Imperial. Para Aem era su líder indiscutible.

El objetivo de Ender era claro: si no conquistaban la ciudad entera no se asegurarían de que la seguridad y libertad de los esclavos se mantuviera en el tiempo, además de que de esta manera todos los esclavos de la ciudad serían liberados. Un objetivo que se esforzaban todos en conseguir.

- Buenos días, Ender – dijo Aem mientras soltaba una pequeña risa para llamar su atención.

El experimentado gladiador levantó la cabeza, apenas se sacaban unos pocos años, pero las diferencias entre ellos eran evidentes: Ender era serio, esquivo y metódico mientras que Aem permanecía sonriendo continuamente, aunque esto no necesariamente indicara algo bueno, era mucho más infantil, salvaje y brutal. El primero era considerado uno de los mejores gladiadores del coliseo mientras que el segundo, aunque con grandes habilidades de combate, podía considerarse como que acababa de convertirse en un gladiador de verdad.

- Hola Aem – dijo mientras el gladiador levantaba la cabeza y le sonreía. - No te he oído llegar.
- Si fuera un asesino habrías tenido problemas entonces.
- Supongo que tú me librarás de todos los asesinos ¿verdad?

Aem se acercó y se colocó a su lado:

- Si se atreven a acercarse lo pagarán muy caro – dijo mientras sonreía.
- No lo dudo – dijo el gladiador al mismo tiempo que soltaba una carcajada. - ¿Qué tal la caza?
- Bastante entretenida, me encanta cuando empiezan a implorar por su vida, es muy excitante. ¿No te apetece venir un rato? Te lo pasarías bien y no estarías todo el rato entre esos papeles aburridos.
- No creo que me gustase mucho – Ender parecía de buen humor, desde que la revolución había conseguido alzarse parecía mucho más feliz de lo que nunca se le había visto y su ánimo mejoraba enormemente cuando el joven gladiador aparecía a su alrededor. - Te dejo todo el placer a ti.
- No lo dudes – la sonrisa de Aem se ensanchó cada vez más. - ¿Cómo van los avances en la ciudad?
- ¿Debería decírtelo? Tal vez eres un espía – Ender estiró su poderosa musculatura y se apoyó despreocupadamente sobre la mesa mientras miraba a Aem. - Me han dicho que los alquimistas estaban desarrollando pócmias con las que adquieres el aspecto de cualquier persona durante unas horas.
- Puedes comprobar fácilmente que soy yo, nadie desprende tanto encanto natural.

Ender soltó una carcajada mientras señalaba el mapa:

- En el puerto no avanzamos, los mercaderes lo tienen bien protegido y la lucha en nuestra frontera con ellos es encarnizada: cada palmo que ganamos de terreno requiere la sangre de muchos de los nuestros, por fortuna, los mercaderes también sufren pérdidas equiparables a las nuestras. Controlan el puerto y nuestros espías confirman que los barcos han comenzado a llegar, llenos de provisiones y mercenarios, así que tenemos que darnos la mayor prisa posible para conquistar el Puerto, son nuestros mayores enemigos actualmente.

Señaló hacia otro punto mientras continuaba:

- Por el otro lado tenemos al Distrito Arcano, también hemos perdido bastantes vidas allí, pero estamos en una especie de tregua temporal: saben perfectamente

que podemos aplastarlos numéricamente en cuanto queramos, pero la oferta que les hicimos de alianza sigue sobre la mesa, depende de ellos aceptarla o rechazarla. Nos han informado de que los mercaderes también les han hecho una oferta similar y la posición de los alquimistas puede hacer que la balanza se incline de un lado o de otro. Espero que acepten nuestra oferta y podamos aplastar rápidamente a los mercaderes, sin embargo, si se alían con ellos nuestras probabilidades de victoria van a descender mucho.

Siguió señalando puntos del mapa:

- Los barrios más del suroeste no los tenemos controlados, sin embargo, se pueden considerar bajo nuestra órbita: poblados por artesanos y agricultores, se han hecho con el control de ellos. Son grupos locales muy distintos que controlan apenas un barrio, no suponen ningún problema inmediato ni grave y se están mostrando muy amistosos con nosotros. Sin embargo, en el sureste parece ser que fieles al Imperio han conseguido mantenerse y se han hecho con el control de algunos cuarteles. No he recibido mucha información aún, pero parecen tan aterrorizados por las cosas que oyen de nosotros que no creo que nos ataquen.
- Y ante toda esta situación ¿cómo estás tan feliz y despreocupado?
- Pues ahora mismo me has puesto de bastante buen humor así que supongo que todo eso se arreglará.
- Y lo celebraremos cuando tengamos la victoria.
- Incluso antes – dijo el gladiador mientras se reía.

Se acercó hacia el joven gladiador, pero de pronto entró un mensajero en la habitación, apenas podía respirar y tardó un par de segundos antes de poder articular algo:

- Hemos encontrado un espía en las inmediaciones del Palacio Imperial.
- ¿Un espía? ¿De los mercaderes? – preguntó con otra vez con su habitual tono serio Ender.
- Eso creemos.
- Llévalo de inmediato a los sótanos, yo me encargaré personalmente de interrogarlo.
- Te acompaño – dijo Aem. - No me perdería un espectáculo como ese.

Los sótanos albergaban desde los principales almacenes de comida donde se suministraban a todos los esclavos, hasta cárceles e incluso las salas de tortura.

Cuando llegaron, la sala estaba preparada, el prisionero estaba atado a una silla con una cuerda y le vigilaban dos esclavos con armas.

- Por favor, os juro que solo venía a buscar ayuda – empezó a lloriquear el capturado.
- Le encontramos hurgando en uno de nuestros cargamentos – explicó uno de los esclavos. - Pero entre sus ropajes portaba órdenes del Puerto.

Mientras decía esto expuso un papel semimojado sobre una mesa. Ender y Aem tardaron poco en leer su contenido, apenas un mensaje de que se recompensaría toda información recibida del territorio de los sublevados.

- ¿Qué hacías exactamente aquí? – exigió Ender con voz profunda y autoritaria. - Explícate de forma clara y rápida.
- Solamente iba a pedir ayuda por favor...

El gladiador hizo un gesto hacia Aem, al instante su daga estaba en el cuello del prisionero.

- No pienses que voy a tener el menor atisbo de misericordia, a la mínima respuesta que no me convenza le ordeno que te corte el cuello. ¿Has entendido?

El prisionero asintió sin atreverse siquiera a respirar

- ¿Qué has venido a hacer a nuestro territorio?
- La situación no es fácil, el Puerto es un caos – empezó el prisionero. - Los mercaderes ofrecen dinero a cualquiera que aporte la más mínima información sobre lo que hacen los esclavos. Por eso me adentré aquí para ver si encontraba algo y podía conseguir unas monedas.
- Entonces no eres más que un pelele sin ningún tipo de importancia.

Ender asintió hacia Aem:

- ¿Izquierda o derecha? – preguntó este.
- ¿Qué? – preguntó el prisionero mirando alternativamente hacia sus captores.
- Creo que me apetece izquierda.

Con apenas pestañear, cogió una de las armas que estaban colgadas de la pared y le cortó la mano al prisionero. Sus gritos inundaron rápidamente el sótano sin que nadie pudiera callarlos.

- Volverás al Puerto y les recordarás a los mercaderes un mensaje – pronunció lentamente Ender. - Los esclavos nos cobraremos la libertad en su sangre.